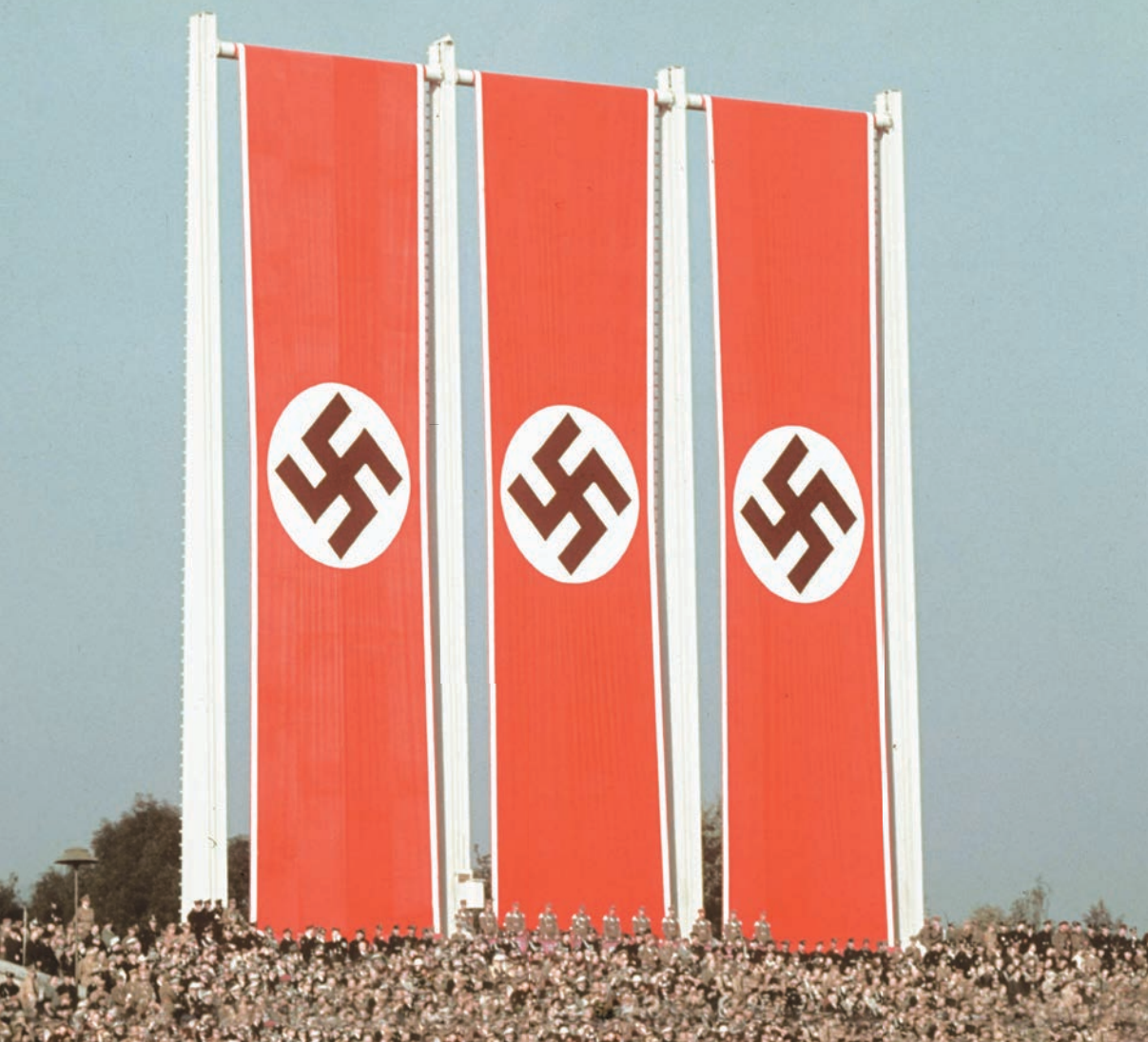


EL TERCER REICH

UNA HISTORIA

DE LA ALEMANIA NAZI

THOMAS CHILDERS



THOMAS CHILDERS

EL TERCER REICH

Una historia de la Alemania nazi

Traducción de
Fernando Bogado

CRÍTICA
BARCELONA

Primera edición: octubre de 2019

El Tercer Reich. Una historia de la Alemania nazi
Thomas Childers

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.
Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

Título original: *The Third Reich. A History of the Nazi Germany*

© 2017, Thomas Childers
Todos los derechos reservados
Publicado bajo acuerdo con el editor original, Simon & Schuster Inc.

© de la traducción, Fernando Bogado, 2019

© Editorial Planeta S. A., 2019
Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
Crítica es un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.

editorial@ed-critica.es
www.ed-critica.es

ISBN: 978-84-9199-159-5
Depósito legal: B. 16280 - 2019
2019. Impreso y encuadernado en España por Huertas Industrias Gráficas S. A.

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como papel ecológico y procede de bosques gestionados de manera sostenible.

Índice

El sistema de partidos alemán	17
1. El huevo de la serpiente	21
2. Hitler y el caos de la Alemania de posguerra	51
3. En el margen (1925-1928)	101
4. En la corriente central	143
5. Hacer a Alemania grande de nuevo	189
6. Los nazis chocan contra un muro	231
7. Sucede lo imposible	265
8. La toma del poder	295
9. Consolidación del poder	339
10. La comunidad del pueblo	371
11. Una revolución racial	423
12. Coqueteando con el desastre	469
13. Éxito temprano	527
14. Hitler vira hacia Occidente	565
15. La cruzada contra el bolchevismo judío	587
16. Holocausto y guerra total	629
17. Apocalipsis	659
<i>Agradecimientos</i>	709
<i>Bibliografía</i>	711
<i>Índice analítico</i>	729













El huevo de la serpiente

Adolf Hitler nació el 20 de abril de 1889 en el pueblo austríaco de Braunau am Inn, en la frontera austrogermana. Su padre, Alois Hitler, era un funcionario de aduanas, provinciano y de ideas liberales, que había ascendido desde un ambiente poco prometedor hasta el respetable estatus de empleado público de nivel medio del Imperio de los Habsburgo. El patrimonio de Alois era motivo de controversias y rumores. Era hijo ilegítimo de Maria Anna Schicklgruber y de padre desconocido. En 1842, Maria Anna se casó con Johann Georg Hiedler y, en 1876, Alois adoptó el apellido de su padastro, que luego cambió a Hitler. A medida que los nazis fueron haciéndose notar y Adolf Hitler emergía como una figura política nacional, hubo algunas especulaciones en torno a la idea de que el abuelo desconocido de Adolf fuese judío, pero nunca aparecieron pruebas fidedignas que confirmaran esos rumores.

La familia se mudó varias veces, de Braunau a Passau y luego a Linz, donde Adolf pasó gran parte de su para nada excepcional juventud. No había nada notable en él durante estos primeros años de su vida, nada que sugiriera potencial alguno para algo. Leía, fantaseaba con ser un gran artista, un gran arquitecto, constructor de edificios monumentales y grandiosas ciudades, un héroe wagneriano. Pero ninguna de estas fantasías se convirtió en una disciplina o preparación seria. Amaba la música, especialmente las óperas de Richard Wagner, pero apenas tenía conocimientos rudimentarios de música. Le gustaba dibujar, pintar con acuarelas, pero nunca tuvo el talento ni la disciplina de trabajo suficientes como para alcanzar los grandiosos éxitos que imaginaba.

El padre de Hitler proveía una existencia confortable a la familia. Esperaba que el joven Adolf siguiera sus pasos al servicio del gobierno y no se mostraba muy entusiasmado con las aspiraciones artísticas de su hijo. Era un paterfamilias brusco y autoritario, un hombre de estricta disciplina que aterrorizaba a su indolente hijo. Los golpes no eran algo raro. Adolf se refugió en su madre, Klara, quien lo consentía. Alois tenía tres hijos de un matrimonio anterior, pero tres de sus hijos con Klara habían muerto (dos hermanos y una hermana) antes de que Adolf naciera. Por esa razón, Klara estaba determinada a proteger a este hijo salvado por la providencia. Enfermizo cuando era bebé, Adolf se convirtió en un niño de mamá perezoso, autoindulgente y consentido. Su padre murió en 1903, cuando Adolf tenía 14 años, liberando así algo de la tensión que se vivía en la casa de los Hitler.

El joven Adolf era solitario, un perpetuo marginado. Tenía pocos amigos; en realidad, solo tenía uno digno de ese nombre. Mostraba muy poco interés en las chicas: no tuvo romances tempranos y ni siquiera relaciones amistosas con el sexo opuesto. Evitaba siempre que podía el contacto físico y daba apretones de manos con renuencia. Era «casi patológicamente sensible acerca de cualquier cosa que tuviera que ver con el cuerpo», según afirmó su único amigo genuino, August Kubizek, el hijo de un tapicero de Linz que aspiraba a ser músico.¹ Juntos vagabundeaban por la campiña atravesada por el Danubio, paseaban por las calles de Linz e iban a la ópera, mientras Adolf hablaba largo y tendido sobre las muchas cosas que lo entusiasmaban. Para Hitler, la cualidad esencial de su amistad con Kubizek era que este sabía escuchar. Impresionable y tímido, Kubizek permanecía pendiente de cada una de las palabras que salían de la boca de Adolf. Como recompensa, el joven obtenía permiso de visita al intenso mundo imaginario de Hitler, un mundo compuesto de ilusiones desmedidas en las que Adolf Hitler era reconocido como un gigante artístico, un genio de la arquitectura, un hacedor de mundos.

Como estudiante, Hitler era, por decirlo de una manera amable, apático. Sus notas fueron tan bajas en la escuela técnica (*Realschule*) —fue suspendido en matemáticas, ¡e incluso en alemán!— que tuvo

¹ Franz Jetzinger, *Hitler's Youth*, Londres, 1958; August Kubizek, *The Young Hitler I Knew*, nueva ed. ampliada y nueva trad., Barnsley, 2011, p. 163.

que repetir un año e incluso tuvo que superar exámenes especiales para evitar repetir por segunda vez. Incomprendido y despreciado, desde su punto de vista, decidió que ya era suficiente y a los 16 años dejó la escuela sin ningún título en sus manos. Se puso como objetivo hacer una carrera artística y esperaba ser admitido en la Academia de Bellas Artes de Viena. En julio de 1907 convenció a su madre para que le permitiera ir a Viena a prepararse para el examen de ingreso, que tenía lugar todos los años en el mes de octubre. Al principio, Adolf se sintió cautivado por la ciudad, especialmente por sus imponentes edificios (la Ópera, el Parlamento, todas las grandes construcciones a lo largo de la Ringstrasse). Era el gran mundo alejado de la provinciana Linz.

Exageradamente confiado en sus propios talentos, dedicó muy poco tiempo a la preparación del examen. Presentó una carpeta con sus dibujos y esperó la respuesta pero, para su sorpresa, fracasó. «Estaba tan convencido de que iba a tener éxito que, en el momento de recibir el rechazo, este me golpeó como un rayo salido de la nada.»² Es significativo que, a pesar de que era un dibujante bastante habilidoso —podía delinear rápidamente los contornos de edificios, escenas de la calle y estructuras de todo tipo—, era incapaz de dibujar una forma humana. Uno de los examinadores le dijo que no tenía capacidad alguna para ser pintor. Quizá podría tener mejor suerte como arquitecto. A Hitler le pareció una buena idea, pero la Escuela de Arquitectura de la academia requería un título de nivel medio o, al menos, algún tipo de formación técnica previa, cosas que, gracias a su propia negligencia, él no podía presentar. Se dio cuenta de que no había ninguna posibilidad de ser estudiante de pintura o de arquitectura.³ Hitler mantuvo este humillante rechazo en secreto y evitó decírselo a su muy enferma madre. Pasaron varios meses hasta que le confesó la situación a su leal amigo Kubizek. En diciembre de 1907, su madre murió después de una larga y dolorosa batalla contra el cáncer. Adolf había vuelto de inmediato a Linz para cuidarla en sus últimos días, y su fallecimiento fue devastador para él. Esa muerte lo conmovió hasta la médula. El médico de la familia, un profesional judío de Linz, señaló que nunca había

² Adolf Hitler, *Mein Kampf*, Boston, 1971, p. 20.

³ Konrad Heiden, *Der Fuehrer: Hitler's Rise to Power*, Boston, 1944, pp. 52-54.

visto a alguien tan dolorosamente atravesado por el duelo como a ese Adolf de escasos 18 años.⁴

Después de arreglar los asuntos pendientes de su madre y de completar los trámites para recibir su pensión de huérfano, regresó a Viena en enero de 1908, aún con la esperanza de poder alcanzar su sueño de convertirse en un gran artista. Volvió a instalarse en su sombrío cuarto de la calle Stumpergasse, en un ruinoso sector de la ciudad, cerca de la Estación Oeste del ferrocarril. Cuando se enteró de que su amigo Kubizek se estaba preparando para hacer el examen de ingreso al Conservatorio de Música, logró convencerlo de compartir el pequeño lugar que alquilaba. Los dos jóvenes, ambos menores de 20 años, vivieron juntos durante cinco intensos meses, desde febrero hasta fines de julio de 1908. Kubizek era el público perfecto para los interminables discursos de su amigo. Adolf tenía apasionadas opiniones sobre cualquier cosa: arte, ópera, arquitectura, política, moral e incluso dietas. Cuando Kubizek lograba aventurarse tímidamente para dar una opinión propia, Hitler estallaba en ataques de ira, yendo y viniendo con violencia dentro del pequeño cuarto, insultando a gritos, dando golpes a la puerta, a las paredes y hasta al piano alquilado de Kubizek. No toleraba la disensión.⁵ Hitler estaba decidido a a presentarse de nuevo al examen de ingreso, pero no hizo nada para prepararse. Mientras Kubizek estudió diligentemente y logró aprobar el examen para el conservatorio, Hitler desperdició su tiempo desarrollando diferentes ideas y planes de toda índole: se propuso escribir una ópera y una obra de teatro, también pensó en reformar las viviendas obreras de Viena, en reconstruir Linz, en crear una orquesta sinfónica itinerante e incluso un nuevo tipo de bebida refrescante. Su imaginación febril pasaba de un proyecto grandioso a otro sin detenerse un instante. Cuando una nueva inspiración lo sacudía, hablaba obsesivamente acerca de ese impulso durante días y, a veces, semanas. Preparaba notas, escribía escenas posibles de su plan y dibujaba bocetos, solo para abandonar todo el asun-

⁴ Eduard Bloch, «My Patient Hitler», *Collier's Weekly*, 15-22 de marzo de 1941, y su entrevista con la Office of Strategic Services (OSS), en *Hitler Source Book*. Véase también Brigitte Hamann, *Hitlers Edeljude. Das Leben des Armenarztes Eduard Bloch*, Múnich, 2008.

⁵ Kubizek, *The Young Hitler I Knew*, p. 78.

to de un día para otro sin volver a mencionar el tema nunca más. Era incapaz de concretar ningún proyecto.

Mientras duró el dinero que venía de su casa, Adolf llevó una vida ociosa. Se detenía en los cafés, leía los periódicos allí disponibles, asistía con regularidad a la ópera y visitaba los museos y las galerías de arte. Llevaba una vida bohemia y se quedaba despierto hasta tarde sin sujetarse a ningún tipo de agenda, una rutina que mantendría a lo largo del Tercer Reich, aun en los oscuros días de la Segunda Guerra Mundial. Tenía muy pocas necesidades físicas. No fumaba ni bebía y raras veces comía carne. No hubo mujeres en su vida durante sus años en Viena. Estaba fascinado por el sexo y, al mismo tiempo, lo temía; las mujeres lo atemorizaban y tuvo terror de contraer sífilis hasta el final de sus días. Los dos jóvenes vivían de manera austera, sus comidas eran espartanas y compraban lo estrictamente necesario. Subsistían en ese barato y apenas iluminado cuarto, con sus «paredes descascarilladas y muebles infestados de insectos, además del constante olor a que-roseno», y se sentían solidarios con las clases bajas sufrientes que encontraban a su alrededor; una solidaridad que, sin embargo, no incluía mezclarse ni interactuar con ellas.⁶ A lo largo de todo este tiempo, Hitler recibía su pensión mensual como huérfano y una parte del dinero correspondiente a los bienes de su padre, cuya totalidad iba a cobrar al cumplir los 24 años. Vivía frugalmente, pero no estuvo nunca, como luego quiso dar a entender, al borde de la inanición o en un estado de absoluta desesperación.⁷

Su única extravagancia era la ópera. Hitler y Kubizek asistían a menudo a la magnífica Ópera de Viena, la Hofoper, y hacían cola durante horas con la esperanza de comprar las entradas de los asientos más baratos o de los lugares destinados al público de pie varias noches a la semana. Para Hitler era dinero bien invertido. Le gustaban las obras de Verdi y de Puccini, pero prefería sobre todo a los compositores alemanes y estaba totalmente cautivado por Wagner. Era un minucioso analista de las producciones, y prestaba particular atención a todos los elementos del escenario —la luz, la escenografía, los efectos especiales, la ubicación de los actores, sus dramáticas entradas o salidas de esce-

⁶ *Ibid.*, pp. 163-164.

⁷ Jetzinger, *Hitler's Youth*, pp. 117 y 131-134.

na—, que luego usaría con excelentes resultados en la propaganda nazi.⁸ Sus noches en la ópera eran mucho más que una mera experiencia musical para él. Eran su sustento espiritual, su inspiración y, también, una vía de escape. Quedaba hipnotizado durante horas escuchando *Lohengrin*, su favorita, o *Parsifal*, o *El anillo del nibelungo*, mágicamente transportado al mundo mítico de Wagner, repleto de montañas envueltas en niebla y de condenados héroes nórdicos. Kubizek no tardó en darse cuenta de que estos eran los únicos momentos en los que Hitler parecía estar en calma, en paz.⁹ Pero era un hombre iracundo. Sus estados de ánimo alternaban entre la euforia frenética y la más oscura depresión. A su amigo lo preocupaba que Adolf «hubiera perdido el equilibrio. Se enfurecía ante la menor circunstancia», recuerda. «Chocaba con el mundo. Donde fuera que mirara, veía injusticia, odio y enemistad. Nada escapaba a su crítica; nada resultaba bueno a sus ojos.» Ante la más mínima provocación, iba en contra «de los tiempos, del mundo entero, ahogándose en su catálogo de odios; volcaba su furia sobre cualquier cosa, contra la humanidad en general, que no lo comprendía, que no lo valoraba y por la que era perseguido».¹⁰

En julio de 1908, cuando Kubizek volvió a Linz para pasar el verano, Hitler fue rechazado una vez más por la academia. Este segundo rechazo resultó ser un golpe todavía más devastador que el primero, ya que, después de revisar sus dibujos, la comisión que supervisaba los ingresos los rechazó por considerarlos carentes de todo mérito y declaró que Hitler no tenía ni siquiera las condiciones necesarias para presentarse al examen de ingreso. Esta vez, más que devastado, se sintió profundamente enfurecido. ¿Quiénes eran esos pomposos profesores que lo rechazaban? ¿Cómo podían esos pedantes no haber apreciado su trabajo, su potencial, su genio? No eran más que «un montón de viejos y fosilizados funcionarios públicos, burócratas carentes de comprensión, un estúpido montón de funcionarios. Toda la academia —estalló— tendría que ser volada en pedazos».¹¹ En el otoño de 1908, sin preparación alguna para ninguna carrera, sin ningún cargo y sin la

⁸ Brigitte Hamann, *Hitlers Wien. Lehrjahre eines Diktators*, Múnich, 1997, pp. 96-97.

⁹ Kubizek, *The Young Hitler I Knew*, p. 94.

¹⁰ *Ibid.*, p. 157.

¹¹ *Ibid.*, p. 160.

menor perspectiva de nada, se prometió a sí mismo que iba a continuar sus «estudios» por su cuenta. Ya verían todos esos que lo habían maltratado y habían conspirado contra él.

A pesar de estos reveses, Hitler siguió sintiéndose sumamente seguro de sí mismo. Estaba poseído por una notable amalgama de arrogancia, ira y autocompasión que seguiría siendo el núcleo de su personalidad durante el resto de su vida. Su fracaso en la academia no lo motivó para seguir ningún estudio más sistemático. Siguió siendo un diletante sin remedio, un fantasioso que se iba deslizado cada vez más hacia un mundo de ilusión, del cual supuestamente iba a emerger como Wagner, como el artista héroe triunfante que iba a sorprender al mundo con su ascenso desde la oscuridad hasta la grandeza.

Casi sin dinero y avergonzado por su segundo y humillante fracaso en la academia, no quiso volver a ver a Kubizek. Dio el aviso, pagó su parte del alquiler y, mientras su amigo todavía estaba en Linz, sencillamente desapareció sin dejar ninguna dirección de contacto. Kubizek no lo volvería a ver hasta treinta años más tarde.¹² Después de soltar amarras en Stumpergasse, Hitler pasó de un pobre cuartucho a otro y comenzó un descenso gradual que lo llevaría al sórdido submundo vienes. Había malgastado la mayor parte de la herencia paterna, y su pensión como huérfano apenas le alcanzaba para vivir. Perdió contacto con su familia: su tía Johanna, su media hermana Angela, y su hermana menor, Paula, no tenían idea de dónde estaba. Durante meses vivió en las calles; dormía en los parques y en los cafés que abrían toda la noche, debajo de los puentes, en las entradas de los edificios y, a veces, encontraba refugio en albergues para indigentes y en pensiones de mala muerte. Se alimentaba en comedores de caridad. No tenía abrigo; sus otrora prolifas ropas estaban hechas harapos y manchadas por los desinfectantes usados en los hogares para indigentes; sus muy usados zapatos apenas se mantenían enteros: las suelas no eran más gruesas que una hoja de papel. En invierno, se vio en la necesidad de refugiarse durante el día en una serie de «habitaciones calientes» provistas por las iglesias y otras entidades de caridad. Dormía, cuando podía, en

¹² Después de que Hitler hubo desaparecido de su apartamento en Viena, Kubizek no lo volvió a ver hasta 1938, cuando Alemania tomó el control de Austria y Hitler regresó con gloria a su ciudad natal. *Ibid.*, pp. 246-259.

el Refugio para Hombres Indigentes de Meidling, un enorme, cavernoso y tibio dormitorio donde recibía una comida compuesta de sopa y pan, una ducha y un catre para pasar la noche. Todas las mañanas dejaba lugares como estos. Y todas las tardes se encontraba de nuevo en fila junto a otras almas desesperadas, ese conjunto de personas desechadas por la sociedad vienesa, a la espera de ser admitido otra vez en el refugio para pasar la noche. Había tocado fondo.¹³

Años después, sostendría que durante este triste período encontró trabajo ocasional como peón de albañil y a veces cargando equipajes en la estación de ferrocarril y paleando nieve, cosas que no han podido ser corroboradas.¹⁴ Durante gran parte de 1909, subsistió a base de una dieta magra que consistía en leche, pan y sopa aguada. Estaba tan flaco y tan débil que fácilmente podía ser confundido con un tuberculoso. Sin duda, no trabajó «durante años en tareas de construcción» y parece poco probable que en 1908 un capataz de cualquier construcción haya contratado a este pálido y desharrapado joven cuando tenía a un gran número de hombres saludables para elegir. Que haya cargado equipajes y paleado nieve también parece poco probable.

En enero de 1910, con la ayuda de un operario de poca monta asiduo de los refugios de Meidling, Reinhold Hanisch, Hitler consiguió un pequeño espacio dentro de una casa respetable destinada a pobres que trabajaban. Administrado por el gobierno y financiado por las contribuciones de prominentes familias judías, el Hogar para Hombres de Meldemannstrasse no era para nada una pensión de mala muerte. Junto con los habituales vagabundos y casos desesperados, entre sus residentes también había veteranos, trabajadores, hombres respetables y educados que estaban pasando por un mal momento y

¹³ Hamann, *Hitlers Wien*, pp. 208-209 y 226-227; Jetzinger, *Hitler's Youth*, pp. 131-132; Bradley F. Smith, *Adolf Hitler: His Family, Childhood and Youth*, Stanford, 1967, pp. 123-124.

¹⁴ Entendía la lucha de la clase obrera, aseguró de manera creativa en 1934 en un discurso, porque «yo mismo durante años trabajé en el negocio de la construcción para ganarme mi propio pan». Discurso de Hitler pronunciado en el Primer Congreso de Trabajadores Germanos el 10 de mayo de 1933, en Norman H. Baynes (ed.), *The Speeches of Adolf Hitler*, vol. I, Nueva York, 1969, p. 862. Véanse también Jetzinger, *Hitler's Youth*, pp. 131-132; Reinhold Hanisch, «I Was Hitler's Buddy», *The New Republic*, 5, 12 y 19 de abril de 1939, pp. 193-199, 270-272 y 297-300.

trataban de sobrevivir hasta que llegaran tiempos mejores. El hogar proveía una comida sencilla por la noche, una cocina común donde cada uno podía preparar sus propios alimentos, un cubículo para cada residente que garantizaba un mínimo de privacidad, y además tenía una biblioteca y un salón de lectura. Acomodado en la biblioteca, Hitler leyó con voracidad la mezcla desordenada de obras característica del autodidacta, complementando la lectura de folletos y de la prensa barata de los cafés con fragmentos de filosofía, arte, historia y música. Más tarde, aseguraría haber leído más de quinientos libros mientras vivía en Meldemannstrasse, cosa que resultó ser una de sus típicas exageraciones. Su lectura parece haberse concentrado más bien en periódicos, folletos y esos resúmenes de trabajos serios que suelen encontrarse en los estantes de una biblioteca.¹⁵

Durante sus años en el Hogar para Hombres, entre 1909 y 1913, sobrevivió pintando postales de paisajes vieneses. Para poder adquirir los materiales necesarios para su arte, rompió el silencio y, alentado por Hanisch, retomó el contacto con su tía Johanna. Luchando contra cierta vergüenza, le pidió un préstamo, probablemente sugiriendo que ese dinero estaba destinado a ayudarlo a seguir con sus estudios. Ella respondió no con un préstamo, sino con un generoso regalo, y posiblemente luego le hizo ocasionales envíos de dinero. Así equipado, trabajó a partir de fotografías y grabados que copió de manera mecánica en el salón de lectura del hogar. Raramente se aventuraba a salir para venderlos (eso habría supuesto un contacto demasiado directo con la gente). En cambio, hizo un arreglo con Hanisch, quien los vendía en los cafés y los bares a pequeños comerciantes de arte, en su mayoría judíos. Hanisch también vendió algunas pinturas un tanto más grandes a talleres de marcos y mueblerías, que las usaban como decoración sobre los respaldos de los sillones, una práctica común en los salones de venta. Hitler y sus socios —más adelante un judío húngaro llamado Jacob Neubauer y otros que ocuparon el lugar de Hanisch— dividían las magras ganancias mitad y mitad. Era una forma de vida bastante humilde, pero era estable y ofrecía algo más que un módico confort.¹⁶

¹⁵ Hamann, *Hitlers Wien*, pp. 285-288.

¹⁶ Jetzinger, *Hitler's Youth*, pp. 132-142.

Mientras estuvo en el hogar, Hitler participaba en discusiones casi a diario, a veces sobre arte, a veces sobre música, pero a menudo sobre política y la miserable situación en Viena, ciudad a la que había comenzado a aborrecer. Disertaba, argumentaba, arengaba. Ante el más mínimo indicio de que fuera a producirse una discusión política, saltaba de su asiento, dejaba las postales sin terminar y arremetía contra sus compañeros residentes. Hablaba contra los esclavos, los socialistas y los sindicatos. Sus objetivos favoritos eran «los jesuitas y los rojos», y, aunque parezca raro, considerando la obsesión antisemita que luego dominaría su vida adulta, no decía nada contra los judíos. A veces los otros respondían a sus ataques. Otras solo se reían ante su retórica directa y encendida, una reacción que hacía que un molesto Hitler volviera a su cubículo para ser consolado por Hanisch.¹⁷ Durante este período, Hitler era un fervoroso nacionalista alemán, un campeón de todo lo que fuera alemán que desdeñaba el multinacional Imperio de los Habsburgo, con su población políglota de alemanes, polacos, checos, eslovacos, eslovenos, húngaros, italianos y judíos. En ningún lugar era tan palpable ese variopinto crisol de etnias, lenguajes y culturas nacionales como en Viena. Hitler asistía algunas veces a las sesiones del Parlamento austríaco, donde observaba desde la galería a los representantes de varias nacionalidades, que se arrojaban comentarios venenosos unos a otros en una cacofonía de lenguas hasta que las sesiones se desintegraban en un caos. Los delegados hacían sonar cencerros, cantaban himnos nacionales, repetían eslóganes de partidos y a veces llegaban a pelearse en los pasillos. Tales muestras rencorosas de conflictos étnicos y de clase no eran del agrado de Hitler y le revelaban la profundidad de la impotencia de los Habsburgo, y también el caos y las disfunciones en el corazón mismo de la democracia parlamentaria.

Durante los años de Hitler en Viena, un aire de corrupción, de crisis inminente, recorría las estrechas calles y los amplios y soleados bulevares. La ciudad estaba experimentando también el florecimiento cultural del *fin de siècle*.¹⁸ era el centro de la vanguardia europea, hogar de compositores como Arnold Schönberg y Gustav Mahler, de figuras literarias como Arthur Schnitzler y Hugo von Hofmannsthal, y de

¹⁷ Hanisch, «I Was Hitler's Buddy»; Heiden, *Der Fuehrer*, p. 69.

¹⁸ Véase Carl E. Schorske, *Fin-de-Siècle Vienna*, Nueva York, 1979.

pintores como Gustav Klimt. Era, además, la cuna del psicoanálisis, el hogar de Sigmund Freud. Hitler no tenía el más mínimo interés en ninguna de estas manifestaciones de la modernidad. Su Viena era una ciudad de barrios pobres y mugre, de comedores populares y hogares para vagabundos. Era un mundo frío y despiadado donde el fuerte prevalecía y el débil quedaba a un lado del camino, una dinámica que le dio forma permanente a su visión del mundo y a sus principios más elementales.

Viena era, también, una ciudad llena de odios étnicos y de clase. En 1908, era la sexta ciudad más grande del mundo y su población crecía a un ritmo de treinta mil personas por mes. A pesar de que los alemanes habían tenido una posición de poder y privilegio en la ciudad (y en el Imperio), su predominio constantemente corría peligro, en especial después de la introducción del sufragio universal masculino en 1907. Como muchos alemanes preocupados por el fantasma de ser superados por los «pueblos inferiores» del Imperio, Hitler era un ardiente admirador de Georg Ritter von Schönerer, el líder del movimiento pangermanista austríaco. Schönerer ganó notoriedad política tras la Guerra Austro-Prusiana de 1866, cuando se mostró como un rabioso nacionalista alemán, deploró la exclusión de Austria del Reich alemán de Bismarck y lamentó la disolución de la preeminencia alemana en el Imperio de los Habsburgo. En las últimas décadas del siglo XIX, el movimiento pangermanista de Schönerer adquirió una importancia que iba más allá de sus cálculos, ya que sus panfletos, boletines y diarios llevaron sus palabras a cada rincón germano del Imperio.

Por encima de todo, protestaba contra el avance de los judíos de Europa Oriental hacia Viena, y en 1884 presentó un proyecto de ley para bloquear la inmigración judía hacia la capital. Su antisemitismo era un fenómeno nuevo en Austria y no era solo religioso y socioeconómico, sino también de naturaleza racista. El lema del movimiento pangermanista era «Por la pureza, la unidad», y es bien conocida la declaración de Schönerer de que «un judío sigue siendo un judío, haya sido bautizado o no». Estaba a favor de una separación estricta de las razas y argumentaba que cualquiera que rechazase el antisemitismo era un «traidor al pueblo germano» y un «esclavo de los judíos». Los judíos eran «como los vampiros»: obtenían su fuerza «chupando la sangre de

los arios». Por lo tanto, «todo alemán tiene el deber de ayudar [...] a eliminar a los judíos».¹⁹

También lanzó una campaña «Lejos de Roma» contra la Iglesia católica y emprendió una pelea abierta con la «prensa judía» liberal. Atacó a las grandes empresas y las políticas económicas liberales que dañaban a los comerciantes y los pequeños granjeros. Además de su posición anticatólica y antisemita, el movimiento pangermanista invitaba a sus seguidores a seguir una estricta dieta: los «arios» debían ser vegetarianos y abstenerse de consumir tabaco y alcohol. A medida que el movimiento iba cobrando fuerza, se fue produciendo un claro culto a Schönerer que generó canciones y poemas dedicados a este autoproclamado *Führer* y se introdujo la expresión «Heil dem Führer» («Viva el líder») en el léxico político del país.²⁰

Hitler admiraba a Schönerer y su movimiento, pero, cuando llegó a Viena, fue el demagogo alcalde populista de la ciudad, Karl Lueger, quien más lo impresionó. Lueger, quien ocupaba esa posición desde 1897, había sido un admirador de Schönerer, pero no era un nacionalista germano, sino un devoto católico y un leal súbdito de la monarquía de los Habsburgo. De todos modos, sí compartía con Schönerer el rabioso antisemitismo y llegó a convertirse, superando incluso al propio Schönerer, en la personificación misma del movimiento antisemita en Austria. A diferencia de Schönerer, el antisemitismo de Lueger no era racial sino religioso, aunque para muchos tal distinción era irrelevante. Este hábil político, que era, cosa reconocida incluso por sus opositores, el «rey sin corona» de la ciudad, supo alimentar en su beneficio la paranoia antisemita despertada por Schönerer y movilizar el apoyo de sus seguidores, en su mayoría, de clases baja y media.

La llegada de judíos de Europa Oriental al Imperio a fines del siglo XIX era un tema candente que Lueger explotó con vigor. «La Gran Viena», advirtió, «no debe convertirse en la Gran Jerusalén».²¹ En Viena, solía quejarse, los judíos se habían vuelto tan abundantes como

¹⁹ Citado en Hamann, *Hitlers Wien*. Sobre su relación con Schönerer y Lueger, véase pp. 337 y ss.

²⁰ *Ibid.*, p. 334.

²¹ Lueger, citado en Volker Ullrich, *Hitler: Ascent. 1889-1939*, Nueva York, 2016, p. 44.

«los granos de arena en la playa». Dominaban la ciudad, controlaban la prensa, los bancos, el gran capital, e incluso los socialdemócratas no eran nada más que «el escuadrón de protección de los judíos». Tan provocadora era su retórica y tan demagógicas sus apariciones en público que, a pesar de las victorias electorales de 1895 y 1896, el ya anciano emperador Francisco José I se negó a reconocerlo como alcalde durante dos años.

No fue tanto la perspectiva ideológica de Lueger lo que atrajo a Hitler, sino más bien su habilidad para suscitar el apoyo popular. En la emergente era de política de masas, Lueger se presentaba como «tribuno del pueblo». Siempre consciente de su imagen, le prestaba gran atención a la teatralidad de la política y sus numerosas apariciones públicas estaban cuidadosamente coreografiadas para producir el mayor impacto. Era un ejemplo de un nuevo tipo de político. Orador carismático, no se dirigía a la Viena educada y culta. Usaba un registro populista, recurriendo a veces a expresiones dialectales, y su habilidad para movilizar a las masas, para agitarlas y para atraer a la clase media baja, recientemente habilitada para votar, produjo una fuerte impresión en Hitler.

Mientras Schönerer vinculaba de manera incansable a los judíos con el gran capital y con los liberales, Lueger estaba decidido a asociarlos también con los socialdemócratas. Igual que en Alemania, la socialdemocracia y los sindicatos estaban avanzando en Austria con firmeza, y a veces con éxitos espectaculares, y la reacción ante la amenaza que representaban fue rápida y estridente. Un ejemplo típico fue el titular del *Deutsches Volksblatt* de Lueger: «¿Quién lidera la socialdemocracia? Los judíos. ¿Quién los ayuda con el público? Toda la prensa judía. ¿Y quién les da el dinero para hacer todo esto? Las altas finanzas judías. Igual que en Rusia, los judíos son los agitadores y los instigadores» del desorden. Cuando los socialistas hicieron una manifestación por la ampliación del sufragio, en 1908, la prensa de Lueger contraatacó con el eslogan: «Abajo con el terrorismo judío».²²

El miedo y el odio de Hitler al marxismo, personificado en el movimiento de la socialdemocracia y los sindicatos, ciertamente tuvo sus orígenes en Viena. Lo asustaban los militantes socialdemócratas, pero

²² *Ibid.*, p. 490.

también estaba impresionado por su excelente manejo de la propaganda y la movilización de masas. Más adelante escribió que, después de ver una manifestación socialdemócrata, por primera vez «entendió el infame terror espiritual que este movimiento ejerce, principalmente sobre la burguesía, terror que no es ni moral ni mentalmente equiparable a esos ataques». En el momento indicado, los socialistas pueden desatar «una verdadera andanada de mentiras y difamaciones contra cualquier adversario que parezca peligroso, hasta que los nervios de las personas atacadas se quiebran [...]». Esta es una táctica basada en el cálculo preciso de todas las debilidades humanas, y como resultado puede llevar al éxito casi con una certeza matemática». Los socialdemócratas también le enseñaron a Hitler otra lección importante, una que iba a implementar con gran efecto durante su ascenso al poder y, de manera mucho más terrible, en el Tercer Reich: «La comprensión de la importancia del terror físico dirigido al individuo y a las masas».

Dado el torrente de influencias antisemitas a su alrededor durante sus años en Viena, parece razonable ubicar el origen del odio patológico de Hitler hacia los judíos en ese tiempo y lugar. Y, sin embargo, los testimonios de primera mano sobre su actitud respecto de los judíos durante esos años son tan escasos como contradictorios. Kubizek sostenía que Hitler llegó a Viena ya como un antisemita, y que esos sentimientos solo se intensificaron en la cargada atmósfera de la ciudad. En escritos de una década después, Hitler también señalaba que él «salió de Viena como un absoluto antisemita, como un mortal enemigo de la visión marxista del mundo».²³ Sin duda estaba influenciado tanto por Schönerer como por Lueger, además de por el poderoso clima antisemita que circulaba en Viena y por la política austríaca durante los primeros años del siglo xx. Es evidente que leía los periódicos y panfletos antisemitas que podían encontrarse fácilmente en los cafés, en los kioscos de diarios y en los bancos de los refugios.

Y, sin embargo, Hanisch, su socio en los refugios para indigentes, aseguraba que nunca había oído de él comentarios antisemitas. «En esos días», comentó Hanisch, «Hitler no era de ninguna manera alguien que odiara a los judíos». Hitler, aseguraba, estaba en buenos términos con los judíos en el refugio, tenía buenas relaciones con los co-

²³ Kubizek, *The Young Hitler I Knew*; Hitler, *Mein Kampf*, pp. 37-51.

merciantes de arte judíos y uno de sus contactos más fuertes en el Hogar para Hombres de Meldemannstrasse, Jacob Neubauer, era un judío húngaro. Neubauer ayudó a conseguir un abrigo de invierno para Hitler y hasta planearon un viaje juntos a Múnich.²⁴ Por supuesto, puede ser que el antisemitismo fuese algo tan común en ese contexto que sus puntos de vista antijudíos fueran simplemente demasiado poco excepcionales como para ser recordados o incluso mencionados. Nunca abierto en cuanto a sus sentimientos, Hitler también pudo haberse guardado determinadas opiniones por razones estrictamente pragmáticas, ya que necesitaba la asistencia de las asociaciones judías en el hogar de hombres y la buena voluntad de los comerciantes de arte judíos que le compraban sus pinturas. Ambas cosas son muy probables, pero el hecho es que no hay documentación fehaciente que pruebe que Hitler hiciera comentarios o manifestara actitudes antisemitas durante su estancia en Viena.

De todas maneras, sea lo que fuere que pueda conjeturarse a partir de su relación con judíos, no hay duda alguna de que durante sus años en Viena absorbió el desenfrenado antisemitismo de la ciudad —posiblemente el más odioso de toda Europa—, a juzgar por la injuriosa y antijudía prensa sensacionalista disponible en los barrios más bajos que solía frecuentar. Es claro que incorporó el lenguaje antisemita de Lueger y Schönerer, sus eslóganes, sus clichés, sus recursos para atraer y sus odios. «Viena», escribió después, «fue para mí la más dura, aunque más completa, escuela de mi vida. Llegué a la ciudad siendo casi un niño y salí de ella como un hombre hecho y derecho. Allí obtuve los elementos fundamentales de una filosofía general y un punto de vista político en particular que luego solo necesité complementar con detalles, pero que nunca, en ningún momento, me abandonó».²⁵ Sin embargo, cuando dejó Viena, en 1913, sus actitudes antisemitas y antimarxistas no eran más que un montón de ideas apenas esbozadas, prejuicios, resentimientos y miedos personales que no habían cristalizado aún en una cosmovisión sistemática o ideología. Eso solo aparecería después de la Primera Guerra Mundial, en el turbulento crisol de la Múnich revolucionaria.

²⁴ Hanisch, «I Was Hitler's Buddy», p. 271.

²⁵ Hitler, *Mein Kampf*, p. 125.